

Arrupe, como insinuó en su homilía del día 18 de mayo. Por eso no han sido extraños los tres gestos semi-contestatarios, ante su propio general, de los jesuitas obreros de Barcelona, que no quisieron entrevistarse con él y se limitaron a entregarle una carta severa y tajante. O los de Valencia, que se negaron a ir a verle y, por eso, el padre Arrupe se presentó en el lugar donde vivían, para charlar tranquilamente con estos ejemplares sacerdotes inmersos en el mundo obrero. O el gesto de ruda pero valiente franqueza del Movimiento Apostólico Obrero llamado «Vanguardias Obreras», promovido desde hace años por los jesuitas con fuerte impacto en ese mundo. Estos apóstoles seculares obreros no quisieron estar presentes el día que se reunió el padre Arrupe con todos los dirigentes de los Movimientos de apostolado secolar fomentados por la Compañía.

Pero él también ha sido sincero y ha expresado en alguna de sus conversaciones que le parecía que, en algunos de sus contactos de estos días, encontraba una tendencia excesiva a estar demasiado encerra-

dos en nuestros propios y particulares problemas, cuando la actitud más adecuada debía ser una amplia y eficaz apertura a los diversos y complejos problemas humanos del mundo presente y, sobre todo, del Tercer Mundo, porque no sólo debemos estar atentos al estrecho límite de nuestras cuatro paredes.

La falta de vocaciones ha dicho que es un fenómeno de la Compañía sólo en los países occidentales; pero no en Asia, ni tras el telón de acero. Y entre las causas, sin duda, puede estar también «la responsabilidad de los formadores, superiores o comunidades», por «la languidez que puede darse en alguno de nuestros ministerios, carentes aún de la necesaria reorganización y aggiornamientos». Pero no hay que olvidar que entre los motivos reales de esta disminución de vocaciones, y de las numerosas salidas de la Compañía, está el mayor conocimiento de los valores nuevos que el mundo aporta al hombre y al creyente; y por eso, muchos se hacen la pregunta: «¿Para qué estoy en la Compañía?; lo que hago actualmente lo podía hacer mejor como secolar».

■ E. MIRET MAGDALENA.

## Ideas y comportamientos REVOLUCION Y CONTRADICCION

Dentro de la terminología más utilizada en nuestros días —no hay más que leer la historia de la desaparición del SDS, publicada recientemente en TRIUNFO— se encuentra, sin duda, la palabra «contradicción». Es casi un lugar común asegurar que vivimos en «permanentes contradicciones». La razón esboza una serie de peticiones, aventura los caminos de una coherencia que luego, en la praxis, son desmentidos, tanto por el comportamiento social como por la misma actuación del individuo en cuestión, sometido a las relaciones generales de la comunidad. De esta idea de vivir en «permanentes contradicciones» surgen una serie de posiciones, que van desde la voluntad revolucionaria de transformar la realidad para evitarlas, hasta la conciencia fatalista de que el hombre es así y nada podrá impedir la contradicción entre su ética y su naturaleza. El problema, desgraciadamente, va mucho más allá de esta elección, sobre todo si el hombre acepta la primera opción y no renuncia al análisis de su praxis cotidiana y de los nuevos datos proporcionados por las sociedades en las que, al menos según la opinión general, la revolución «está hecha». El tema, por ejemplo, de la libertad de expresión, campo de batalla de tantas épocas prerrevolucionarias, apa-

rece sin resolver en muchas comunidades que llevaron la revolución a su término. Determinadas actitudes de intolerancia, de inquisitorialismo, que uno ligaba a los intereses reaccionarios, aparecen, con el consiguiente desconcierto, en hombres o sectores que predicaban lo contrario. Lo que quiere decir, en definitiva, que el hecho de optar por la solución revolucionaria de las contradicciones no significa que éstas desaparezcan. ¿Cómo no recordar, por ejemplo, la imagen de un Trotsky y de los amañados procesos stalinistas contra todos los viejos combatientes que se oponían a las nuevas directrices del Estado soviético? Claro que Trotsky, por seguir con el ejemplo, no sacaba de ahí la conclusión de que el hombre era fatalmente una calamidad, sino que la acción revolucionaria había sido mal conducida.

Es muy interesante, a estos efectos, la evolución sufrida por una serie de artistas comprometidos. Durante años, el «compromiso» se expresaba, casi únicamente, a través del análisis y la crítica de las estructuras socioeconómicas, considerándose «dudoso» cuanto escapase a esa delimitación. Hoy, la afluencia casi torrencial de un arte irracionalista viene a probar la necesidad de considerar una serie de factores largo tiempo desoídos. Sabemos de

## Crónicas de la Era Lunar

## LA TERCERA ESPAÑA

Por PABLO DE LA HIGUERA

*Al bajar por Francia hacia la frontera me chocó la flecha indicadora a la salida de Biarritz: "España". La verdad es que venía un poco obsesionado con lo que había leído últimamente en los periódicos, y creí que me iba a encontrar con un cartel que explicara en seguida: "Dos Españas". Después de tanto jaleo sobre este asunto, el hecho de que los franceses no hubieran cambiado todavía el cartel me escamó un poco. A ver si resultaba que todo era una broma...*

*Aborto en tan confusos pensamientos, crucé Irún y enfilé la carretera de Pamplona. ¡Ah, los hondos, los entrañables paisajes! En fin, la revelación la tuve por la noche, un sábado por la noche, en Logroño: ¡Qué va a haber dos Españas! ¡Hay tres! Hay las dos que se barajan en los cenducos de Madrid y hay una tercera, bien real y, a lo que se ve, bastante masiva: la España de los bares y las cafeterías rebosantes, la España del vivalavirgen y de ahí me las den todas, la España del boleto de catorce que no acaba de caer, la España ruidosamente felizota y bien empapada de alcohol y de tapas, esta tercera España a la que le importan un soberanísimo pito las otras dos que se cuecen en las marmitas a presión de la Villa y Corte y sus cocinas-sucursales en el extranjero. Señores, ahí es nada cruzar las noches silenciosas de las ciudades de Francia y caer bruscamente en la calle del Laurel, un sábado por la noche, en Logroño. Hasta el nombre me recordaba la de los Olmos, de La Coruña. La diferencia está en el caldo: en vez de ribeiro, rioja. Pero como en la otra, o como en la de cualquier otra ciudad española, allí estaba, como un solo vividor, la tercera España. La de la sociedad de consumo... ¡y qué consumo! No había más que sumergirse en ella, a tumba abierta, y cumplir religiosamente el itinerario tabernil.*

*Eché un vistazo a TRIUNFO, que comprara un poco antes en un quiosco. Mi crónica me pareció extrañamente irreal, como el resto de la revista. La tiré al séptimo tinto. Un periódico local decía no sé qué del Japón y la Conferencia de Yakarta. ¿Qué Japón? ¿Qué conferencia de Yakarta? Areilza... ¿Pero qué dice Areilza? Hoy es fiesta en Logroño, es decir, hoy es un día normal en Logroño, la calle del Laurel rebosa de tercera España que es un primor. ¡Otra brocheta y llena otra vez, niño! ¡A otros con la europeización!*

*Por supuesto, no estuve en condiciones de escribir el artículo hasta dos días después, en Guadalajara. Antes pasé por Calatayud y, naturalmente, pregunté por la Dolores. Me dijeron que era una tienda de bizcochos. Menos mal. Porque me temí que me mandarían al Dolores Club. Que sería, al fin, y al cabo, la de la copla, la de la nueva copla de la tercera España: la del club y la cafetería, conviviendo en perfecto contraste de pareceres vitícolas y whiskícolas con la tasca del Laurel y de los Olmos.*

*Por cierto, se me ocurre pensar que tal vez esta tercera España intenten apropiársela las otras dos. ¿Qué será? ¿La oposición alegre y conftada o la mayoría silenciosa? Más bien da la impresión de estar a lo que se tercie, en situación de maravillosa disponibilidad. Desde luego, si es la mayoría silenciosa, debe de ser una mayoría silenciosa a la española, porque hay que ver el ruido que hace...*

*En Guadalajara, pues, a golpe de lunes, en la cafetería de turno, llena hasta las tejas. Un vistazo al periódico: "América se parte", anuncia dramáticamente "Pueblo", a toda plana. Y la tercera España, en un tintineo de vasos sabedores: Pues muy bien; que la parta un rayo.*